



La lealtad rota y la *eterna*: símbolos de la masculinidad mexicana en *El compadre Mendoza* de Mauricio Magdaleno.

Broken and *eternal* loyalty: symbols of mexican masculinity in Mauricio Magdaleno's *Compadre Mendoza*.

DOI: 10.32870/argos.v11.n27.4.24a

Ricardo Torres Miguel

Universidad Autónoma Metropolitana- Iztapalapa (MÉXICO)

CE: ricksabato@gmail.com

ID ORCID: 0000-0001-9090-1416



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Recepción: 30/08/2023

Revisión: 20/09/2023

Aprobación: 31/10/2023

Resumen:

¿Qué es ser hombre?, ¿qué significa?, ¿qué es lo viril?, ¿qué es lo masculino? Son algunas de las interrogantes (criticadas por algunos como esencialistas) que los llamados *Men's Studies* han realizado en las últimas décadas de nuestro tiempo. Las categorías de género han sido preocupación más o menos reciente en las diferentes escenas culturales y sociales; así como la tipificación de la identidad sexual en relación con los contextos políticos ha marcado el derrotero de los *Cultural Studies*. Por ello, la literatura se ha convertido en ese escenario donde confluye la cultura y donde se nutre para dar respuestas a múltiples problemas que han diseñado las visiones del mundo de la actualidad.

Palabras clave: Masculinidad. Mauricio Magdaleno. Literatura mexicana. Sociedad.

Abstract:

What is being a man? What does it mean? What is virile? What is masculine? These are some of the questions (criticized by some as essentialists) that the so-called Men's Studies have made in the last



decades of our time. Gender categories have been a more or less recent concern in the different cultural and social scenes; as well as the typification of sexual identity in relation to political contexts has marked the path of Cultural Studies. Therefore, literature has become that scenario where culture converges and where it is nourished to give answers to multiple problems that have been designed by today's worldviews.

Keywords: Masculinity. Mauricio Magdaleno. Mexican literatura. Society.

No se nace mujer: se llega a serlo.

Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*.

Este pequeño epígrafe, tomado de la famosa frase de de Beauvoir nos sirve para mostrar que así como la mujer se construye socialmente, con el hombre puede suceder algo similar. ¿Qué es ser hombre?, ¿qué significa?, ¿qué es lo viril?, ¿qué es lo masculino? Son algunas de las interrogantes (criticadas por algunos como esencialistas) que los llamados *Men's Studies* han realizado en las últimas décadas de nuestro tiempo. Las categorías de género han sido preocupación más o menos reciente en las diferentes escenas culturales y sociales; la tipificación de la identidad sexual en relación con los contextos políticos ha marcado el derrotero de los *Cultural Studies*. Por ello, la literatura se ha convertido en ese escenario, donde confluye la cultura y donde se nutre para dar respuestas a múltiples problemas que han diseñado las visiones del mundo de la actualidad.

En los años ochenta comenzó a perfilarse una corriente más abarcadora e incluyente que buscaba nuevas formas de construcciones de sentido, tratando de avanzar en las relaciones entre mujeres y varones, con lo cual surgieron los estudios de género. De forma paralela un número aún reducido de hombres comenzó a cuestionarse sobre la "condición masculina", es decir, cómo la cultura patriarcal deja sus marcas en la construcción de la masculinidad, afectando sus modos de pensar, de sentir y de actuar. Algunos de estos estudios dan lugar a la llamada "nueva masculinidad" (Burin & Meler, 2000, p. 29).



En el caso de México, estas líneas podrían reafirmar que una visión del mundo particular, en el tema de la masculinidad, tiene su propio imaginario que ha sido construido, con base en situaciones que vendrían indiscutiblemente de la cultura y de la sociedad. Así, los estudios más novedosos centrados en la cuestión de qué es lo masculino han sostenido que la categoría obedece a patrones históricos, que no podemos clasificarla, por tanto, en una sola y única idea de género. “El significado de “ser hombre” es una construcción histórica; estos significados cambian y, con ello, cambian las connotaciones de género (masculinas o afeminadas) de muchas acciones de los hombres, incluso las acciones de demostración corporal del afecto (tomarse de las manos), esto es, las connotaciones de género de la vivencia de la intimidad de los hombres y entre los hombres. (Núñez, 2007, p. 109).”¹

Según diversas teorías, la intención puede verse en tratar de rescatar esa subjetividad masculina que otorgue una representación digna, alejada de los estereotipos impuestos por el patriarcado, es decir, sin toda esa carga discriminatoria y opresiva. (Burin & Meler, 2000, p. 29). Para con ello, romper “con el paradigma universalizador de que existe una única y verdadera forma de ser hombres, estas visiones son críticas con los valores masculinos que, mayoritariamente, los hombres occidentales encarnan, y muestran su apoyo a las reivindicaciones feministas de carácter igualitario”. (Fernández-Llebreg, 2004, p. 17). De esto se puede empezar a definir que los modelos imperantes o *dominantes* en una época son los que construyen su propia explicación de lo que es *ser hombre*. Las interpretaciones que se desprendan de dichos modelos serán los que a la larga se conviertan en estereotipos. Pero, ligado a esta sazón, es importante señalar el aspecto de la virilidad como “esencia” de lo masculino. La virilidad es así, la forma de pensarse como tal, esto es, como hombre, y se requiere buscar un móvil de diferenciación, en este caso, la feminidad.

Al respecto, dirá Pierre Bourdieu: “Como vemos, la virilidad es un concepto eminentemente *relacional*, construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad, en una especie de *miedo* de lo femenino, y en primer lugar en sí mismo.” (Bourdieu, 2005, p. 71). Ser consciente de lo que se es y de lo

¹El ejemplo del autor, que además es la imagen de la portada de su libro, es por demás bastante lúcido, pues confronta la realidad pasada con un imago totalmente actualizado. La fotografía de dos hombres con los atributos netamente masculinos de la época (mediados de siglo pasado), estando a punto de tocar sus manos le sirve al autor para mostrar las connotaciones de uno y otro contexto. Lo que en una época se tradujo como una simple muestra de afecto entre amigos, hoy en día se interpretaría como una conducta homosexual, y por tanto, reprimida.



que no se es, parece en primera instancia, la primera justificación que necesita la masculinidad para construir su propia identidad genérica. “Hacer valer la identidad masculina es, ante todo, convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no se es *bebé*, que no se es homosexual y, principalmente, que no se es mujer; algo que no ocurre del mismo modo en el caso de las mujeres.” (Jociles, 2001, p. 19). Asimismo, la virilidad también posee un matiz polisémico, pues significa diferentes ideas, en diferentes etapas de la historia, para diversas personas. “Tanto el sentimiento subjetivo de masculinidad o feminidad como el deseo erótico, cualquiera sea su objeto, se construyen a través de un devenir histórico que es, a la vez, individual y colectivo.” (Burin & Meler, 2000, p. 65).

De esta manera, hemos comprobado que el trabajar con estos conceptos nos obliga a delimitar alcances y metas del análisis. Ateniéndonos al caso exclusivo de México, el objetivo será comprobar el papel determinante que ha tenido la cultura en la construcción de la masculinidad extrema, es decir, el estereotipo, el macho en este caso. Llegados a este punto, y aunque la finalidad del trabajo no es reivindicar la imagen masculina contra el machismo, sino más bien mostrar cómo se construye esa masculinidad opresiva, desde el seno de la cultura, en este caso, lo literario. Es conveniente apuntar aquí la alegoría que propone Benigno Morilla en su libro *El valor de ser hombre Historia oculta de la masculinidad*, con el arquetipo del *Emperador*:

La mayoría de los hombres también han estado dominados, sojuzgados y amordazados por una tipología masculina determinada que ha impuesto un *modelo masculino* del que difícilmente han podido escabullirse los demás varones. Pero este modelo no contiene todos los valores masculinos posibles. El varón, tanto como la mujer, ha estado sometido a clichés muy limitados y más que discutibles. Estereotipos que les han impedido crecer juntos a la vez que encontrarse a sí mismos. (Morilla, 2001, p. 28).

En términos generales, la figura del *Emperador* comprendería todas las categorías del machismo, sólo que según el autor, estas nociones tendrían en primera instancia un lado noble. Así, lo combativo se convirtió en *agresivo*, la seguridad en sí mismo se transformó en *dominación*, la fuerza en *violencia y abuso*, el anhelo de superación se mudó en *ambición*. (Morilla... p. 102). Si bien esta explicación pudiera parecer polémica, creo que funcionaría muy bien para explicar los procesos de construcción de la identidad



masculina en algunos textos de la novela de la Revolución, pues los alcances de sus personajes van más allá de clasificarlos solamente como simples machos viriles.

La cultura popular, como representación de la realidad, contribuyó en gran medida a consolidar la imagen de lo que debía ser el hombre, su cuerpo y carácter. La Revolución mexicana como acontecimiento social ha sido uno de los pocos eventos que suscitó toda una larga producción de obras literarias que pretendían, en un inicio, tomar la reyerta revolucionaria como reflejo y testimonio del marco de la guerra civil. Para ello, se construyeron imaginarios, comunidades, nacionalidades y por supuesto, configuraciones universalizantes del ser hombre. El papel del Estado, como objeto regulador y condicionante, tomó su posición en el campo, imponiendo en la cultura “lo mexicano”, las décadas de 1930 y 1940 fueron sintomáticas de esta visión generalizadora. La literatura y el cine se convirtieron en los motivos principales de las producciones mexicanísimas. Tuvieron como sello comercial reflejar la esencia de la mexicanidad. El charro, la comida, la bebida, el valor y carácter establecieron, como lo fue en las novelas costumbristas del siglo XIX, la marca registrada de “lo nuestro”, lo que nos identifica y nos diferencia (esta óptica también puede ser comparada al rasgo de diferenciación entre hombres y mujeres), por ejemplo, del agobio mercantilista de los Estados Unidos y su *American way of life*. Pero si nuestra narrativa revolucionaria centró sus ideas y valorizaciones en los varones como sujetos universales, y por ende, excluyó a las mujeres a aparecer sólo como sus compañeras fieles, siempre del lado subordinado y en ocasiones hasta sin voz, como parte más del folklor y del escenario, ¿por qué, entonces se dio esto?, o mejor dicho, ¿cómo inició?

Hacia 1925, se abrió una discusión sobre la literatura que se estaba haciendo en esos entonces; se discutía que las letras mexicanas se habían “afeminado” y que los temas eran poco “viriles”, es decir, llenos de ornamento y vacíos de contenido masculino, según un artículo publicado por Julio Jiménez Rueda. A cambio, decían, la literatura necesitaba llenarse de clamor revolucionario, esto es, que las obras literarias debían reflejar la realidad inmediata de aquella época. Ante esta proclama se dio el inicio para la fundamentación de una literatura que retratara lo mexicano, a través de escenas y cuadros realistas que tomaran aspectos de viva voz de la lucha armada. El ejemplo de este programa instaurador cultural es lo siguiente:



[...] destacó a un primer plano un problema del escritor que habrá de determinar en buena medida las futuras relaciones entre la práctica literaria y la sociedad circundante en México; puso en un primer plano la personalidad de Mariano Azuela; marcó definitivamente la ruptura entre la generación precedente y la que asumía la responsabilidad de “lo moderno” y, sobre todo, pondría en tela de juicio, por primera vez y de manera subrepticia, la función del Estado como rector de la producción artística. (Jiménez Rueda (1925) citado por Díaz, 1989, p. 14).

Dentro de toda esa tradición maniqueísta: federales y revolucionarios, liberales y conservadores, letrados y caudillos, civilizados y bárbaros, indios y mestizos, resalta para nuestros fines, una división más: hombres y mujeres. La llamada novela de la Revolución -considerada en ocasiones como narrativa de balas y violencia- marcó, sin duda, un arquetipo de lo que se consideraba ser “hombre”, como individuo generalizado y dominante. En lo sucesivo, la imagen del varón en la narrativa revolucionaria estará condicionada por los motivos del lenguaje (similar con pocas variantes), la vestimenta (la indumentaria del charro), el comportamiento (cerrado a emociones o sentimientos)², el mundo simbólico, el político, el social, los parentescos, la familia y la amistad. En cada uno de estos modelos, la intención fue encumbrar héroes con matices de la masculinidad hegemónica. El machismo condicionó las acciones, privilegiando el tema del honor en muchas de sus tramas. El hombre que no se *raja*, que muere en una *balacera* o victimado por *cobardes* en una alta *traición*, fueron parte de los esquemas viriles que esta narrativa pretendía mostrar.

Al albor de los estudios sobre masculinidad es necesario revisar cómo la narrativa de la Revolución contribuyó a proponer una masculinidad dominante, que si bien, se sabe que se basaba en el machismo, esto no es suficiente para determinar una sola y exclusiva masculinidad. Establecidos en la premisa, como apuntan los *Men Studies*, de que no existe una sola noción de masculinidad, sino que son varias, se escogió el relato de *El compadre Mendoza* (1932) de Mauricio Magdaleno, cuyo eje temático transcurre durante la revuelta armada, y donde se encuentra uno de los principales atributos del hombre de la época: la amistad. Centrado en las luchas zapatistas del sur de México durante la primera fase de la reyerta, el relato expone el tema de la ambición desmedida junto al del valor de la amistad entre Rosalío Mendoza y Felipe Nieto.

² La narrativa de Nellie Campobello sería la excepción a esta regla de cuerpo-varón-cerrado a expresiones sentimentales. El asunto lo ha explicado muy bien Margo Glantz en Moraña, M. & Olivera-Williams, M. R. (eds). (2005). *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en América Latina*, Madrid: Iberoamericana-Veruert, (Nexos y diferencias, 14).



Así, el relato rompe con la imagen positiva de la lealtad incondicional masculina, pues ésta siempre está supeditada por los intereses personales. La ambición y la corrupción del rancharo contrastan con el código de valentía de Nieto, así como con el registro de su lealtad a Rosalío.

Antes de partir al análisis, será conveniente plantear una descripción general de los escenarios del cuento. Como la mayoría de los textos de esta etapa se sitúa en un espacio de buenos y malos, donde se problematiza la crítica hacia los hombres que hicieron la Revolución, mas no se critica en sí a la guerra. La lucha en las páginas del texto se vislumbra como algo limpio, sin los destinos que se enmarcarían tiempo después en la novelística de Magdaleno, en específico con *El resplandor*. Como una gran alegoría del caudillo, Nieto, uno de los dos personajes principales, podría figurar como la presencia misma de Zapata, el héroe revolucionario que es traicionado por “su gente”, como aquel. En el contexto de la acción, el ambiente gira en torno al compromiso personal y con la revuelta, estos dos vectores serán el eje articulador para exponer la situación de la lealtad y sus matices, como símbolo de la masculinidad de la época. La idea general es situar al modelo del individuo oportunista, encarnado por Mendoza, como una sinécdoque de los traidores de la Revolución, en este caso, los políticos.

Para singularizar el tema de la masculinidad, debemos enfocarnos a las señas particulares de los dos personajes principales del relato: Mendoza y Nieto. Además, la identificación masculina habrá de ser diferente en los dos personajes. En este tenor, comenta Guillermo Núñez Noriega:

Al hablar de hombres deben tomarse en cuenta las diversas formas estilísticas o poéticas de las identidades masculinas y su importancia en las disputas por representar la “verdadera hombría” o la hombría adecuada. Los hábitos, las ideas, las maneras del cuerpo, las maneras de caminar, fumar, vestir, hablar, bailar, son significativas para otros hombres que evalúan su hombría, y de este modo, marcan distinciones sociales y establecen relaciones de poder. Tales acciones condensan otras dimensiones sociales y personales: clase, grupo étnico, religión, ideología política, nacionalidad, preferencia sexual, educación, moralidad, etcétera, las cuales son igualmente integradas para hacer una evaluación de la hombría del sujeto en cuestión. (Núñez... p. 172).

Así, teniendo en cuenta estas diferencias de la hombría que se desea representar, podemos decir que en Rosalío preponderan la astucia y la maña como marcas personales de la figura del varón. Se trata del



político que *media* entre federales y zapatistas con tal de conseguir bienes propios, su ambición lo coloca en situaciones límite con estos dos bandos, donde los “alzados”, debido a sus corruptelas, están a punto de matarlo si no es por la decidida intermediación de Felipe Nieto, general de las fuerzas revolucionarias. Como resultado de esto, Nieto se convierte en amigo de Mendoza, a pesar de que el general queda enamorado de la esposa de éste. Esta será una de las distinciones principales de ambos personajes, mientras Mendoza es el clásico macho que se aprovecha de las deudas del padre de Clotilde para casarse con ella. Nieto, respeta los códigos de amistad con su compadre. En el cuento son descritos de la siguiente manera:

En el físico, la traza de Rosalío correspondía admirablemente a esta contextura moral. Ni alto ni bajo, grueso, *excelente jinete y excelente tirador*, no era general, como el aseguraba con una jactancia campechana, nomás porque no quería. Untada la nariz tenía una verruga, y entre nariz y boca, el dibujo meticuloso del bigote, recortado de las puntas. La boca, enérgica, era abultada y dura, y los ojos, pequeños, venaderos y muy oscuros, se le revolvían infatigables, iluminándole de un resplandor móvil la cara cetrina, exagerada y huesuda hacia los pómulos. Tenía propensión a la apoplejía, y desde mozo se quejaba del reuma.³ (Magdaleno, 2003, p. 110).

Acostumbrados a conocer el carácter maniqueo de las configuraciones de personajes en la novela de la Revolución, la imagen inicial que nos brinda la descripción de Mendoza es la del hacendado mestizo, la del opresor, que contrastará definitivamente con la descripción de Felipe Nieto: “Nieto era toda vía joven. Bronceado, de boca y pómulos exuberantes; le escurrían por debajo de la nariz y sobre el mentón unos pelos ralos, negrísimos. Los ojos mortecinos le brillaban con energía.” (Magdaleno... p. 115). Las señas de Nieto más propensas con el entorno indígena se oponen a la robustez del rancharo, no obstante, las diferencias de clase, etnia y posición, logran una amistad duradera. De esta manera, en la descripción de Mendoza sobresale el aspecto de “excelente jinete y excelente tirador”, lo cual marca las señas del estereotipo del macho dominante de época. En la identificación como excelente jinete y tirador, se plasman dos de los más grandes atributos del hombre prototípico. La figura “engrandecida” de Mendoza, como hombre “real” se desvanecerá tan pronto como traicione a su amigo. En respuesta, la imagen de

³A partir de aquí, todas las referencias provienen de esta edición. Las cursivas son mías.



Nieto con sus “ojos mortecinos”, alude al modelo de valentía y honor de aquellos entonces, pues en deuda de las peticiones del mismo Zapata, no decide matar a Mendoza y “robarse” a la mujer de éste, como quería hacer el “Tuerto”. Así, la fuerza bruta de los hombres de la Revolución no se explicita como en otros relatos de este periodo (véase, por ejemplo, en *Los de abajo* como los de la “bola” caen fácilmente en la barbarie), pues como se dijo al inicio de este ensayo, Magdaleno no se propone criticar a la Revolución como tal, sino a la ambición desmesurada de unos cuantos.

El cuerpo masculino tiene una presencia mayúscula después de conocer las descripciones de los dos amigos. Ambos de gestos duros y cerrados, proyectan con su vestimenta y pose su carácter masculino. Y aquí es donde tendremos que volver hacia nuestros pasos con la cultura hegemónica instalada sobre los cimientos de la Revolución. Los hombres emanados de la cultura revolucionaria debían ser sujetos cerrados por completo a los gestos emocionales y/o sentimentales. Tendrían como atributos la lealtad hacia los amigos o su cuadrilla, pero siempre deberían mostrar su virilidad a través de la violencia, como acto natural y dominante. Rechazar todo acto “femenino” como sinónimo de “debilidad”, era encomienda de los varones revolucionarios, por tanto, estaba prohibido llorar, tener miedo, ‘rajarse’, etc. En este tenor, tenemos la opinión de Núñez Noriega: “El cuerpo de los hombres está sometido a una vigilancia estricta en cuanto su expresividad pública: en el modo de hablar, de dirigirse a los otros, de caminar, de expresar emociones, de conversar y de bailar.” (Núñez... p. 116). Para Núñez Noriega, esta actitud masculina inaccesible contrastará con el comportamiento de las mujeres, que en su vestido muestran más parte de su cuerpo, como los brazos o las piernas, sin embargo, considero que, en la época de nuestro relato, la situación de mostrar el cuerpo era si no similar, sí bastante retraída hacia las mujeres.

La masculinidad se construye en el relato por las señas y actitudes particulares de los personajes, asimismo por los constructos emocionales y sociales que operan al nivel de la amistad. La situación de la lealtad entre amigos es para Núñez Noriega un “(...) producto de una configuración misma de su socialización masculina (...)” (p. 111). que en este caso, funcionará por los lazos del compadrazgo.⁴ En el transcurso de la historia, la amistad entre Nieto y Mendoza se hará cada vez más íntima “(...) ‘habían congeniado al puro pelo’ (...)” (Magdaleno... p. 117), dirá el narrador, mientras tanto, la confianza se habrá

⁴ Hay que notar que esta situación del compadrazgo se da de forma diferente en la adaptación cinematográfica, pues ahí el que le pide el favor de bautizar al hijo no es Nieto, sino Mendoza.



tornado infinita, pues como amigos se podrán soltar una que otra verdad: “La bola se hace con los que tienen ganas y corazón. Ya algún día se nos hará justicia a los que peleamos por ideales” (Magdaleno... p.117). Así, podemos decir que tenemos dos tipos de lealtades, la del ambicioso y oportunista encarnada por Mendoza, y la de Nieto, comprometida con la amistad y con su lucha. Dos personalidades muy diferentes y dos hombres muy desiguales. Uno lucha por ideales, lo cual dentro de los códigos de honor de la virilidad dominante, lo coloca en una esfera muy alta, la del héroe. Al respecto del honor y sus códigos, comenta Bourdieu: “Semejante a la nobleza, el honor –que se inscribe en el cuerpo bajo la forma de un conjunto de disposiciones aparentemente naturales, a menudo visibles e una manera especial de comportarse, de mover el cuerpo, de mantener la cabeza, una actitud, un paso, solidario de una manera de pensar y de actuar, un *ethos*, una creencia, etc.- gobierna al hombre honorable, al margen de cualquier presión externa.” (Bourdieu... p. 67). El otro, lo dice el mismo Rosalío: “— Yo soy enemigo de romanticismos y de suspiritos. Las cosas hay que hacerlas pronto, y bien hechas” (Magdaleno... p. 128). Es la imagen del *pillo* que tanto criticó la ideología de la Revolución, aquel que utilizó la revuelta para enriquecer sus arcas.

Las señas masculinas de Rosalío y Felipe son, como hemos visto, muy similares, no obstante, el carácter que muestran es muy diferente, pero hay otro rasgo que los equipararía: el trato a las mujeres. Este asunto es complicado de ver en la historia, pues como se sabe, las mujeres, mayoritariamente, ocupan un lugar silenciado en este tipo de narrativa. Así, hay tres nociones para evaluar su participación, desde el punto de vista de Mendoza, el de Nieto y el del narrador. En el primero funciona una linealidad machista muy simple, Clotilde, su esposa es la clásica mujer callada que acepta casarse sin estar enamorada, admite las condiciones de Mendoza con una nula resistencia y calla, nuevamente, el cariño que siente por Nieto. Es en suma una extensión más del poder del ranchero. En el caso del general, su situación es parecida a la de Mendoza, se casa con una indígena, sin que ella tenga voz ni voto: “— A esta pobre indita me la hallé ahí por Puente de Ixtla... Es mi mera mujer —agregó, con gesto ladino—. Las otras, nomás son para pasar el rato” (Magdaleno... p. 118). No obstante, el caudillo sentirá una atracción muy fuerte por la esposa de su compadre, asunto que callará por la estima hacia Rosalío y el hijo de éstos. Finalmente, el narrador es asimismo severo en su juicio con las mujeres: “Clotilde y las mujeres, hacia un rincón, se apretaban como



los venados cuando ventean a la perrada, antes de correr” (Magdaleno... p. 114). La comparación es, por supuesto, bastante ofensiva, haciendo mención a la “cobardía” de la mujer ante situaciones de peligro.

El machismo, como se ve, tiene matices algo diversos, en alguno es lineal y explícito, y en otro tiene una suerte de hipocresía, pues, aunque respeta a la esposa del otro, no lo hace con la suya ni con las de *pasar el rato*. Al final de cuentas, ambos personajes están marcados con el estereotipo viril revolucionario, pero su diferencia será cifrada por los códigos de lealtad entre ambos. Aun cuando la lealtad y la amistad sean signos inequívocos de la masculinidad dominante, ésta tendrá una dicotomía: la eterna y la rota. A saber, Nieto como amigo y compadre de Mendoza no será capaz de traicionarlo, a pesar de que sienta afecto por Clotilde. Su lealtad está fincada en los códigos varoniles institucionalizados provenientes de la cultura patriarcal. La construcción maniquea del general, lo coloca como un héroe, como un arquetipo viril que siempre respetará la vida de su compadre y de su esposa. Es, reitero, el hombre de ideales que catapultó la cultura hegemónica, que brindó en su momento la significación y dignificación de lo que es ser hombre. “Al margen de esta retórica, los mexicanos, en general, y los hombres mexicanos, en particular, somos diversos en términos de clase, origen étnico, estilo de vida, prácticas sexuales, edad, color, procesos de subjetivación elaborados por la Iglesia, el Estado y el sistema capitalista.” (Núñez... p. 156). Es conveniente esta cita, porque precisamente esto sucede con la mirada de las masculinidades en *El compadre Mendoza*, pues éstas son condicionadas por el compromiso a la Revolución y a los ideales del héroe. En oposición, Mendoza será la *otra* masculinidad, la que se desobliga de su compromiso social, la que roba a su pueblo por enriquecerse y la que traiciona al amigo, rompiendo la lealtad. Esta lealtad rota marcada por la cobardía será, ante los códigos viriles, tachada de indigna, pues como vimos con la voz del narrador, la actitud acobardada sólo se registra en lo “femenino” y, por tanto, el juicio es lapidario.

En el constructo histórico que legó un mundo de hombres valientes y viriles no habrá cabida para los cobardes y ambiciosos como Rosalío. Las virtudes personificadas por Nieto serán las virtudes *eternas* que nuestra cultura construyó allá por los años de la Revolución. La masculinidad dominante no será, como hemos visto, única y total. Tendrá sus matices, sus blancos y negros, pues los valores de lo masculino implican algo más que el cliché impuesto. Y aún en el estereotipo se pueden encontrar sus divergencias, sus mediaciones, pues no todo es blanco y negro. Finalmente, los moldes que impusieron las culturas



dominantes hacia la sociedad limitaron el desarrollo masculino, enmarcándolo sólo en la visión del macho dominante. Así como ha sucedido con los estudios feministas, el hombre necesita pensarse así mismo a la luz de teorías que re-signifiquen el verdadero valor de ser hombre, que lo posicionen en un lugar empático y equilibrado y que re-dignifiquen una masculinidad acorde a los tiempos actuales.

Referencias

- Bourdieu, P. (2005). "Virilidad y violencia", en *La dominación masculina*, trad. de Joaquín Jordá, 4° ed. (pp. 67-71). Barcelona: Anagrama.
- Burin, M. & Meler I. (2000). "Género: una herramienta teórica para el estudio de la subjetividad masculina", en *Varones Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Díaz Arciniega, V. (1989). "Introducción", en *Querrela por la cultura "revolucionaria" (1925)*, (pp. 13- 25). México: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández-Llebrez, F. (2004). "¿"Hombres de verdad"? Estereotipo masculino, relaciones entre los géneros y ciudadanía", en *Foro interno: anuario de teoría política*, Universidad Complutense, Madrid, 4, 15-44.
- Jociles Rubio, M. I. (2001). "El estudio sobre las masculinidades. Panorámica general", en *Gazeta de Antropología*, Madrid: Universidad Complutense, 17, 17-27.
- Magdaleno M. (2003). "El compadre Mendoza", en *Cuentos completos*, prólogo de Eduardo Antonio Parra, (pp. 109-128). México: Lectorum.
- Moraña, M. & Olivera-Williams, M. R. (eds). (2005). *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en América Latina*, Madrid: Iberoamericana-Veruert, (Nexos y diferencias, 14).
- Morilla, B. (2001). *El valor de ser hombre Historia oculta de la masculinidad*, Madrid: Oberón.
- Núñez Noriega, G. (2007). "Las políticas de la identidad y la intimidad masculina: el carácter relacional de la significación, en *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*, México: Universidad Nacional Autónoma de México-PUEG Programa Universitario de Estudios de Género/El Colegio de Sonora/Miguel Ángel Porrúa.